

FE Y SALVACION EN LAS CRUCES DEL PUEBLO

La Semana Santa es tiempo propicio para celebrar nuestra fe y dar razón de ella. Y es que la fe en un Dios crucificado no es nada evidente. Vamos a tomar los aportes teológicos de J. Sobrino para acercarnos a la comprensión de nuestra fe, teniendo presente la advertencia que él mismo plantea: "el concepto y el texto pueden ser de utilidad, pero no pueden sustituir el confrontarse directamente con la realidad" (!).

La situación del país se convierte cada día en una pesada carga para las mayorías empobrecidas. Es verdad que casi todos los sectores de la vida social son afectados, pero es el pueblo pobre quien carga con el mayor peso de la crisis. Y ante este hecho nos topamos con dos posturas vitales.

El desprecio por la existencia de los pobres por parte del grueso de la sociedad, y la sabiduría y espíritu del pobre para mantener la cotidianidad, la vida, con sus alegrías, humor, ganas de vivir, sus esfuerzos por estirar los reales, sus desvelos por la familia. Ese modo de luchar y vivir en medio de fuertes oleajes, sin perder la calma ni el gusto por lo diario, lo corriente, en fin, por lo que es la vida sencilla y alegremente vivida. Algunos dirán que eso se explica por la ignorancia respecto a la magnitud de la crisis y un ingenuo optimismo. No sabrán de cifras billonarias ni de estrategias a mediano y largo plazo, pero sí saben y con "padecimiento" de causa que las cosas no son como antes, que cada día los esfuerzos para medio mantenerse son mayores y afectan a todos los de la casa. Tampoco es optimismo ingenuo. Hace tiempo que enero dejó de ser el mes esperado ("en enero van a meter gente en la compañía.") y la visita a la casa del partido o al concejo municipal la ocasión segura para conseguir materiales para agrandar el rancho. No es evasión, pues las responsabilidades y tareas están ahí, siguen afrontándose. Hay detrás de todo este comportamiento una concepción de la vida que no se agota en la mera existencia biológica ni su profundidad está determinada por las condiciones materiales particulares. Vivir no es solamente estar vivo y tener tales y tales cosas. Es el modo, el estilo o el mundo de vida lo que hace que valga la pena vivir.

La experiencia diaria es que para los otros la vida del pobre no vale nada. Fácilmente lo podemos palpar en los hospitales paralizados, en las cárceles hacinadas y violentas, en las escuelas desatendidas y de ínfima calidad, en la cantidad creciente de personas que tienen que pelearle a las moscas y a los perros los "desechos renovables" y hasta los alimentos en los contene-

dores de basura, en las lágrimas de las madres de los tres muchachos, del barrio Anauco, secuestrados de sus casas y fusilados por la policía en la vereda de enfrente, porque aun cuando no tenían antecedentes, eran "potenciales delincuentes", como lo dijo el comandante de la policía de Caracas (El Nacional 8-3-94). Eran pobres, y por tanto sólo cabían dos alternativas: o ser un delincuente o llegar a serlo.

Esta percepción se confirma y se hace más hiriente cuando pensamos en todo el desfaldo cometido en el sistema bancario. Esos ilustres apellidos (Bouza Izquierdo, Alvarez Stelling, Gómez López, Pérez Amado, Castro...) siempre ligados a las páginas sociales de los periódicos y eximios representantes de lo que es "ser gente decente" en esta sociedad, no tuvieron el menor pudor para robarse millones y millones de Bs. Poco importa que ese desfaldo vaya a ser cubierto a fuerza de inflación, impuestos y recorte en las políticas sociales. Y aquí no podemos hablar de ignorancia, porque esos señores saben que ese dinero robado tendrá que ser repuesto y que las riquezas del Estado no son las mismas de antes. Perfectamente saben quiénes serán los más afectados por sus robos.

Pero igual de grave es la irresponsabilidad del Estado, en particular de su liderazgo político que no ha querido mojarse ni tomar partido en defensa de las mayorías. Porque para ellos la vida de los pobres no es cuestión prioritaria, no se han jugado ni siquiera su imagen política. Más les importa permanecer, aunque sea en la indefinición paralizante. Lo grave del asunto es que su rol no es ser invitados de piedra. Dejar pasar y esperar... es hoy la mayor bofetada para los pobres.

También constatamos que esa convicción de los de arriba está teniendo eco entre los mismos pobres. Con rabia hay que aceptar que sus televisores, radios, películas, símbolos y canciones sí saben convencer al muchacho de barrio de que unos zapatos nike valen más que la vida de los que han crecido con él. Sólo cambia la forma, pero el fondo es el mismo.

Es dentro de este marco situacional donde nos preguntamos por nuestra fe hoy. Lo primero que constatamos es la

existencia de comunidades cristianas con una profunda fe en el Dios de Jesús, su Padre, el Señor de la Vida. Vistas desde fuera, para unos son una paradoja, para otros la confirmación de sus prejuicios religiosos, para otros una complacencia tranquilizadora. Otros, en cambio, encontramos ahí la revelación de un Dios siempre mayor y siempre menor, inabarcable para la autosuficiencia moderna y cercano para el que sufre; la experiencia cristiana que vive en profundidad sólo de la fe; y una praxis no de héroes sino de testigos de Jesús en quienes ha germinado con garra y ternura la causa del Reino.

No es sólo ni principalmente el Jesús glorioso ni el Cristo Rey el Jesús con el que se van encontrando estas comunidades cristianas, sino con el Jesús en la cruz: cargándola, cayendo bajo su peso, consolando a las mujeres que le salieron al paso, despojado de sus vestidos por los soldados y despojándose tanto de su espíritu para ponerlo en las manos del Padre, como de su madre para entregársela a Juan y por medio de aquél, a todos nosotros. Es la fe en el nazareno, es el Miércoles Santo en Santa Teresa, son la infinidad de vía crucis que en cuaresma como en Semana Santa se convierten en ocasión para acompañar al Dios que sufre y ser acompañados por él.

Pero ¿qué hay de fortaleza y salvación en esta fe y en esta cruz hoy?, ¿de qué manera esta fe y las cruces que está viviendo el pueblo pobre y cristiano pueden ser salvación para todos?

La cruz de Jesús reveló y sigue revelando hoy día dos grandes verdades para todos los creyentes. Es la expresión dramática y dolorosa de la fuerza histórica y mortal que tiene el pecado y de su argucia y habilidad para convertirse en la "verdad" de una sociedad, de un sistema político y hasta religioso, y así barrer con todo lo que le estorbe. El pecado mata; no sólo a la fe y la "devoción espiritual" sino a la vida misma. Pero al cometer el crimen en la vida de Jesús, quedó al descubierto su verdadera naturaleza y perdió la máscara. "El velo del templo se rasgó", nos dice Mateo. La confesión de fe en este nazareno por parte de los soldados romanos —"Verdaderamente este hombre era

Hijo de Dios" (Mt 27,54)— es la contraparte de la denuncia de los victimarios. Anunciar a Jesús y trabajar por su Reino será de ahora en adelante inseparable de la denuncia de los crucificadores. Esa experiencia la vivieron los apóstoles Pedro y Juan cuando fueron arrestados y llevados ante las autoridades de Israel: "Jefes del pueblo y Ancianos de Israel... Sépanlo ustedes y que lo sepan todo el pueblo de Israel: por el nombre de Jesucristo de Nazareth, a quien ustedes crucificaron..." (Hec. 4,8-9). El dolor y las cruces que hoy padece el pueblo nos exige preguntarnos por las causas y por los responsables de tal situación. Será ocasión salvífica si somos capaces de desprendernos de las escamas que cubren nuestra mirada u oportunidad perdida porque "teniendo ojos no ven, y oídos y no escuchan".

Pero esa cruz también nos muestra la fidelidad del amor de Dios. "Tanto quiso Dios al mundo que entregó a su propio hijo por nuestra salvación", nos dice Juan. Jesús muere en la cruz porque fue fiel. Una fidelidad que luchó sin mucha claridad, por lo menos en Getsemaní, contra el miedo, la angustia, el instinto de conservación de su propia vida y los llamados a la sensatez de sus discípulos. Una fidelidad que salió a flote porque su fundamento era el amor a Dios y a los pobres. Y esa vida y gesto de amor, aunque desemboca en la muerte en la cruz, genera vida. "Sólo el grano de trigo que cae en tierra y muere produce frutos", recoge perfectamente ese vivir desviviéndose por los otros.

Las comunidades cristianas experimentan gran identificación con este crucificado. "Ya no estamos solos. En la comunidad cristiana hemos aprendido a ser personas, a ser alguien... me siento reconocido y reconozco a los otros como personas, como hijos de Dios. Nos acompañamos en los sufrimientos y en los momentos buenos..." Se produce una sintonía grande. Este Jesús sabe lo que son los golpes en la vida del pobre, pues los padeció en carne propia. Pero por otra parte se sabe que ése que está ahí no es un cualquiera, es otro, es distinto, "...es el Hijo de Dios, el Cristo, el enviado del Padre que nos

acompaña, anima y fortalece".

Frente a una sociedad que los desprecia y los ha echado a un lado de sus planes, excepto de las elecciones, y los condena a vivir en la orfandad, esta cercanía de Dios en la cruz y en sus cruces diarias se convierte en un acontecimiento salvífico porque produce la dignificación de ellos como personas, alimenta la esperanza para luchar y resistir los embates del enemigo. Esa va siendo su experiencia en las comunidades cristianas, donde es conocido por su nombre e historia, y reconocido como hermano; donde es responsable de trabajos importantes para el avance del proyecto; donde ha vivido la solidaridad de los hermanos en la enfermedad, en la muerte de algún ser querido y en los días en los que no amanece ni para el café; en las celebraciones alegres, distendidas y fraternas que como Betania para Jesús, sirven de descanso, acercamiento y alegría para la comunidad.

Es también la experiencia de la incompreensión, las zancadillas y la difamación de parte de muchos del barrio, como le sucedió al crucificado con los suyos en Nazaret. Pero es vivirla sabiendo que "el discípulo no es mayor que su maestro" y con la conciencia de que se comienza a participar de las bienaventuranzas: "Felicidades Uds.. cuando, por causa mía, los maldigan, los persigan y les levanten toda clase de calumnias" (Mt 5,11). La viven sintiéndose acompañados, llevándose mutuamente en la fe. Y ese modo de cargar con la cruz se convierte en gracia que libera y fortalece para seguir adelante en lucha constante contra esas mismas cruces.

El Cristo en la cruz también pone en evidencia una convicción sobre el modo de actuar de Dios. Que la lucha contra el pecado del mundo se hace cargando desde dentro con ese pecado, con esas cruces. Dios se acerca a nosotros y a nuestras cruces. Esta cercanía de Dios es cierto que genera consuelo en el dolor, mas sin embargo no desemboca en la resignación paralizante. Suscita y sostiene el deseo, la fuerza y las convicciones para caminar, apoyarse, luchar, rezar, vivir. Esa va siendo la experiencia de cantidad de familias que han sufrido la muerte de algún ser querido por parte de las fuerzas

policiales. En medio del dolor se han encontrado para darse una mano y hacerse sujetos empeñados por hacer brillar la justicia en sus casos, denunciar a los criminales y enfrentarse a la complicidad de un sistema judicial que sólo es eficiente cuando la víctima tiene dinero. Varias organizaciones de defensa de los derechos humanos reciben su fuerza del dolor convertido en esperanza activa.

Igual sucede con los agentes de pastoral que han hecho suya la vida y la causa de los pobres. Ya sea conviviendo día a día con ellos, animando y siendo animados o bien sea poniendo todo lo que son, su haber y poseer, su trabajo y sus preocupaciones, en la lucha contra la pobreza desde distintos ámbitos: organizativo, educativo, religioso, sanitario. Puede ser que existan diversos grados en este acercarse y cargar con la cruz, pero lo que sí van viendo claro es que sin mojarse no hay comunión ni praxis cristiana. Y Jesús en la cruz lo menos que nos revela es el altruismo como modo de proceder de Dios.

Jesús en la cruz y en las cruces de tanta gente, por extraño que nos parezca, ha abierto los ojos y purificado la imagen que sobre Dios tenían muchos agentes de pastoral y miembros de las comunidades. Ha sido crisol de la fe. Ya los primeros cristianos dieron testimonio; por eso fueron considerados ateos por la autoridades romanas. San Pablo también da cuenta de ello: "Mientras tanto nosotros proclamamos un Mesías crucificado. Para los judíos, qué escándalo más grande. Y para los griegos, qué locura" (1Cor 1,23). Esta purificación no ha sido nada fácil ni unilineal. La imagen centrada en un Dios cuyo atributo esencial es ser todopoderoso, inmutable y que hace lo que le viene en gana goza de siglos de permanencia en nuestra creencia, y frente a la dureza, los golpes y el deterioro creciente de la vida del pueblo fácilmente provoca la angustiada pregunta: ¿dónde está Dios?, ¿qué hemos hecho para que nos pase todas estas desgracias? Entre el desconcierto y el dolor, con la luz de la Palabra conversada e interiorizada y el compartir de la comunidad van descubriendo el auténtico rostro de Dios.

Descubren que Jesús se hizo Hijo de

Dios porque aprendió a ser fiel en medio del sufrimiento y el dolor (Heb 5,7-9). Y por difícil y dramático que fuese, puso toda su confianza en la voluntad y en el modo como procede el Padre: "ofreció su sacrificio con lágrimas y grandes clamores. Dirigió ruegos y súplicas a aquél que lo podría salvar de la muerte y fue escuchado por su religiosa sumisión" (Heb 5,8); pero que "no se haga mi voluntad sino la tuya", dirá en Getsemaní. Ser hijo de Dios no supuso privilegio ni evasión; tampoco agenda propia. Se consumó como Hijo de Dios cuando ya no le sostenía ninguna certeza ni evidencia; sólo la confianza, desnuda y sin agarraderas, en el Padre. Y algo de eso van viendo las personas en las comunidades. Frente a tanto deterioro, dolor y hasta desconcierto, no es luz y claridad lo que se pide para seguir adelante. No es la claridad de horizonte, las cartas sobre la mesa, las cláusulas de la alianza lo que se le pide al Padre. Se pide y se comparte fuerza y constancia para seguir adelante. Y mucha fe: "Tenemos que tener fe, tenemos que tener fe...", es la petición y exhortación que una y otra vez se escucha en los encuentros de la comunidad. De fondo subyace una confianza fundamental en Dios y en el sentido profundo de la historia. A nosotros nos queda hacer lo que tenemos que hacer. Dios ha sembrado la semilla y, aunque no nos demostremos, ella sigue germinando.

También han ido comprendiendo que fue el Dios de Jesús quien sacó a los israelitas de la esclavitud de Egipto, pero lo hizo por la vía del desierto. Acompañándolos como nube que mitigaba la calandad del clima, pero que el escenario era el cielo abierto y la inmensidad del terreno sin camino resguardado. Estuvo con ellos no como el Dios que todo lo puede, incluso distanciarse, olvidarse de ellos y dejarlos solos, sino como la madre cariñosa que desde antaño ha estado pendiente, como bellamente lo dice por boca de Oseas: "Cuando Israel era niño, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo... Yo sin embargo, le enseñé a andar a Efraim, sujetándolo de los brazos, pero ellos no entendieron que era yo quien cuidaba de ellos. Yo los trataba con gestos

de ternura..." (Os 11,1.3-4). Y ha sido ese amor profundo a Dios y la solidaridad de los hermanos, lo que los ha llevado a descubrir que Dios es sólo amor y vida. Que Dios no mata ni es un vengador. No porque no quiera o porque sea bueno o porque esté en contra de esos métodos por razones éticas. La gran verdad es que Dios no puede, no tiene poder para matar. Eso sí, ¡nunca abandona a sus hijos! Por eso las palabras de Isaías han pasado a ser lectura asidua y esperanzadora en muchas comunidades: "¿Puede una mujer olvidarse del niño que cría o dejar de querer al hijo de sus entrañas? Pues bien, aunque alguna lo olvidase, ¡yo nunca me olvidaré de ti!" (Is 49, 15). Sólo sabe dar vida, y desde abajo. Desde allí donde habitan los que la sociedad considera necedad y debilidad (1Cor 1, 27-28).

Todo este proceso ha sido una experiencia salvífica porque el resultado no es el empantanamiento en el dolor y el sin sentido, sino que al igual que Job han vuelto a la vida. Al descentrarse y abrirse al dolor de los otros, han podido superar la postración. Practicando el mandato del amor, son fortalecidos por ese amor mayor que es Dios. Si para la Iglesia católica la formulación de sus dogmas supuso todo un proceso de discusión, aciertos y errores, cismas y marginamiento, en fin, una lucha interna, también para estas personas la confesión de fe ha significado una lucha existencial y de fe. Confesar desde la praxis que "Dios es amor y que tanto amó Dios al mundo que entregó a su propio hijo para nuestra salvación", ha supuesto un itinerario espiritual de lucha, cuestionamiento y aceptación, para finalmente afirmar con la vida: "Tú eres nuestro Dios". Es la praxis vital la que los ha conducido a descubrir a este Dios y superar el escándalo que todavía muchos no terminamos de tragarnos. Sólo después de este itinerario espiritual es como llegan a reconocer que el Padre estuvo junto a Jesús en la cruz, sufriendo con él. Y por eso es posible reconocerlo y vivir de su amor en las cruces de cada día.

1. SOBRINO J., "La fe en el Dios crucificado" en *Revista Latinoamericana de Teología*, # 31, pag 52.